



(Mal)hecho en China

Jorge Eduardo Navarrete

Incansable explorador de las complejidades de Oriente, el embajador y escritor Jorge Eduardo Navarrete explora en este texto los problemas de la desmesurada producción de mercancías chinas y su impacto global.

El genio parece haber escapado de la botella en los inicios de la primavera boreal, pero al principio pasó casi inadvertido. Las noticias referidas a personas afectadas en Haití y, sobre todo, Panamá por el uso de dentífricos hechos en China o con componentes elaborados allí no ocuparon grandes espacios en la prensa ni recibieron atención relevante en otros medios informativos, aunque tiempo después se propaló que el número de víctimas mortales había llegado a dos centenares.¹ En las semanas y meses siguientes, un número cada vez mayor y variado de bienes de uso final, fabricados o ensamblados en China, tanto de consumo humano, como doméstico —desde pañales desechables y juguetes de todo tipo, como las populares *Barbie dolls*, hasta baterías para teléfonos portátiles y neumáticos para automóviles, así como alimentos para mascotas— se vio relacionado, en países de varios continentes, con fallas de operación, accidentes, casos de envenenamiento, riesgos para la salud e, incluso, como se ha dicho, víctimas mortales: personas y animales domésticos. Millones de estos artículos fueron retirados de los anaqueles de almacenes y supermercados. Un número similar fue recogido (*recalled*) de los consumidores que los habían adquirido.

Para comienzos del verano, por efecto de una acumulación comparable a un gigantesco alud o, como se

dijo muchas veces, a un tsunami monumental, se había desarrollado una alarma de alcance mundial. La etiqueta “Hecho en China” —sugirió un analista— es, en realidad, una advertencia, una prevención. El *Washington Post* señaló en un editorial que “Made in China” se habían convertido en las tres palabras más inquietantes de la lengua inglesa. Otra exageración, como la del título elegido para este texto. Ese diario agregó: “Nos hemos convertido en consumidores de artículos que no conocemos, provenientes de fábricas que nunca hemos visto, establecidas en ciudades de las que no hemos oído hablar, habitadas por gente cuyo idioma ignoramos y cuyos nombres no sabemos pronunciar”.² Como toda metáfora, ésta tiene su reverso. De manera similar a los consumidores estadounidenses, los trabajadores chinos podrían señalar que se han convertido en fabricantes de artículos cuya utilidad o uso no les resulta familiar, destinados a centros comerciales que no han visto, establecidos en ciudades remotas y desconocidas, visitados por compradores que hablan idiomas ininteligibles y responden a nombres de ardua pronunciación. Ambas descripciones constituyen, por cierto, buenos retratos hablados de la globalización.

¹ “Tainted Chinese goods prompt safety scares around the world”, *The Economist*, Londres, 5 de julio de 2007.

² Nota editorial de *The Washington Post*, Washington, 29 de julio de 2007.

LAS MUCHACHAS DE SHENZHEN

Uno de “los demasiados libros” sobre el auge de la economía china publicado no hace mucho incluye este pasaje: “Cuando China tuvo acceso a mercados que antes se le habían negado, sus ventas de vestuario y textiles se duplicaron o triplicaron. Los precios de algunos artículos en Europa se redujeron hasta en un 42 por ciento, debido en parte a que las muchachas de Shenzhen trabajan tan duro, por tantas horas y por tan poco”.* Límitrofe con Hong Kong, fue la primera de las zonas económicas especiales y ha sido quizá la más exitosa base exportadora de China por casi un cuarto de siglo. Ha mantenido, a lo largo del periodo de apertura y reforma de China, una fuerza de trabajo joven, abundante, disciplinada, receptiva al adiestramiento y mayoritariamente femenina, apta para las delicadas labores del ensamble manual de componentes electrónicos. Por encima de las controversias y negociaciones comerciales internacionales en que China ha participado en ese periodo, incluido el largo proceso negociador de su ingreso a la Organización Mundial de Comercio, las muchachas de Shenzhen y de cientos de otras ciudades chinas han seguido trabajando, con equipos y tecnologías cada vez más modernos y en plantas construidas a menudo por los propios importadores, con mucho empeño, por largas jornadas y por muy bajos salarios, al menos en relación a los que prevalecen en los países donde se venden los artículos que ellas manufacturan.

* Ted C. Fishman, *China Inc.*, Scribner, Nueva York, 2005, p. 93.

El verano fue largo y cálido para la controversia relativa a los productos (mal)hechos en China. Los nuevos casos de retiro —más de dos docenas en Norteamérica y Europa— de productos peligrosos o con defectos de fabricación se reportaban en las primeras páginas de los diarios y en tiempo preferente en los noticieros de televisión. De este modo —por citar unos cuantos ejemplos— los dentífricos con solventes industriales, los pañales con fibra de cartón, los colchones impregnados con químicos cancerígenos, los juguetes con pintura

que contiene plomo, la comida para mascotas con químicos nocivos, las baterías explosivas para teléfonos celulares, y los pescados y mariscos con residuos de antibióticos llegaron a muy diversos mercados, en todos los continentes. Algunos de estos artículos eran falsificados, otros habían sido aprobados gracias a prácticas corruptas, otros más habían sido producidos en factorías no autorizadas o que abrían sin licencia nuevas líneas de manufactura. Otros, en fin, habían sido hechos conforme a especificaciones.



Pudong y el río Huangpu, Shanghai

Las reacciones tanto en China como en los países consumidores fueron relampagueantes. En Estados Unidos, por ejemplo, se retiraron del mercado miles de toneladas de comida para animales domésticos, se suspendió la importación de diversos pescados y mariscos y se recogieron miles de neumáticos para autos. En China, se demolió medio millar de instalaciones manufactureras, se clausuraron más de cien mil laboratorios farmacéuticos y se procesó y condenó a muerte a varios funcionarios y ex funcionarios de la Administración Estatal de Alimentos y Medicinas. También en China, se encontró que algunos tipos de carne de pollo y cerdo importada de Estados Unidos estaban contaminados y se prohibió su importación, afectando a empresas tan conocidas como Tyson y Cargill. Éstas alegaron que se trataba de represalias ante las restricciones impuestas a las exportaciones chinas de pescado y mariscos cultivados.

Las acciones y declaraciones de los gobiernos o legislaturas de los países concernidos también fueron inmediatas. Un senador estadounidense, por ejemplo, sugirió la imposible tarea de inspeccionar todas las importaciones desde China, con apoyo en una estructura administrativa *ad hoc*, a cuyo frente estaría un “zar” semejante al encargado de combatir el narcotráfico. Por su parte, a mediados de julio el presidente Bush expidió

un decreto que crea un grupo de trabajo interministerial encargado de evaluar el sistema de control y protección de las importaciones de productos alimenticios y otros bienes de consumo, que deberá rendir un primer informe en seis meses, en enero de 2008. “Los estadounidenses esperan que su gobierno trabaje sin descanso para garantizar la seguridad de lo que consumen”, declaró el presidente.

La reacción del gobierno chino fue, a su vez, demoleadora. En primer término, tras reconocer que, en efecto, se estaban presentando serios problemas, echó a andar una muy publicitada secuencia de acciones punitivas contra los productores de mercancías defectuosas o peligrosas y contra las autoridades reguladoras que autorizaron su manufactura y permitieron su llegada a los mercados del exterior. Dos altos funcionarios de la agencia reguladora de alimentos y medicinas —establecida según el modelo de la Food and Drug Administration (FDA) de Estados Unidos— fueron condenados a muerte y uno de ellos ejecutado de manera sumaria. Se reconoció que la insuficiencia de controles de calidad puede ser el talón aquileo del auge exportador chino. Hacia mediados de agosto, un viceprimer ministro, Wu Yi, fue encargado de dirigir una comisión especial para supervisar la calidad de los productos chinos de exportación.

LA (TRISTE) HISTORIA DE ZHENG XIAOYU

La alarma global por los artículos (mal)hechos en China comenzó con un producto ligero de la industria farmacéutica: la pasta para dientes. Aunque de forma indirecta, provocó, en pocas semanas, un desenlace trágico: la ejecución del funcionario responsable por la inspección de la industria farmacéutica. David Barboza ha contado su historia,* ilustrativa en más de un sentido. Se enlaza, además, con una tradición de larga data en los regímenes socialistas autoritarios: la autocrítica, que Zheng practicó, como fue tantas veces el caso en la URSS estalinista, antes de ser ejecutado. Zheng constituía un ejemplo prototípico de los funcionarios públicos en ascenso, que están modernizando la administración china. Nacido en 1944, de origen humilde, obtuvo por méritos propios el ingreso a la prestigiada Universidad Fudan, en Shanghai, y se graduó en biología. Tras un breve periodo como técnico y después gerente de una empresa farmacéutica estatal en Hangzhou, se movió al área de regulación de la industria. Preocupado por las obvias insuficiencias de la regulación del sector, él mismo elaboró y propuso el establecimiento de una entidad regulatoria nacional, sobre el modelo de la FDA de Estados Unidos. Fue designado su primer director en 1998. Proclamó su objetivo de convertir a China en una de las grandes potencias farmacéuticas del mundo. La agencia clausuró gran número de laboratorios ilegales y retiró del mercado numerosos medicamentos falsificados. En unos cuantos años, el número de plantas farmacéuticas se abatió de 6 700 a alrededor de 4 mil. Instituyó una certificación de calidad, expresada en un “certificado de buena manufactura”, que se obtenía sólo después de pruebas rigurosas. En 2001 proclamó que “aún no se había erradicado la manufactura y distribución de medicamentos falsificados” y que se continuaría “castigando con severidad, en los términos de la ley, a los criminales y a los funcionarios corruptos”. Empero, el número de medicamentos aprobados por la agencia, creció casi exponencialmente: 150 mil nuevos productos, y Zheng mismo se inscribió en la nómina de esos funcionarios. Primero, recibió regalos de empresas que deseaban que sus artículos fuesen aprobados con rapidez y sin dificultades. Luego, a través de su esposa y su hijo, solicitó esos regalos activamente. Fue separado de su cargo en 2005 y la investigación a que fue sometido concluyó en 2007. Su caso fue considerado por el Consejo de Estado, en presencia del primer ministro. Se le encontró culpable de haber aceptado regalos valuados en 850 mil dólares: inmuebles, automóviles, joyas, viajes. En su autocrítica, titulada “Cómo considero mis propios errores”, incluyó esta reflexión: “¿Por qué todos los amigos que me regalaban dinero eran directores de empresas farmacéuticas? Obviamente, porque tenía a mi cargo la agencia de administración de medicamentos”. Zhang fue ejecutado el 10 de julio de 2007.

* “A Chinese Reformer Betrays his Cause, and Pays”, *The New York Times*, 13 de julio, 2007.



Hong Kong

También en agosto, en las consultas anuales de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático se prestó atención al problema de los productos (mal)hechos en China. En este foro, China hizo notar que los problemas de calidad de sus exportaciones —que afectan a menos del uno por ciento del total de productos que coloca en el exterior— de hecho existen en muchos otros países, por lo que indujo una declaración en la que “se exhorta a las agencias gubernamentales encargadas del control de calidad a fortalecer sus consultas recíprocas con vistas a proteger la seguridad y salud de los consumidores, sin afectar el intercambio comercial bilateral y la cooperación económica”.³

Los jefes de Estado de ambos países abordaron el problema en su encuentro bilateral de principios de septiembre, en el margen de la cumbre anual de líderes de la *Asia Pacific Economic Cooperation* (APEC) en Sydney. La inesperada aceptación del convite del presidente Hu para que Bush y su esposa acudan a los Juegos Olímpicos de Pekín en 2008 retiró la atención del tema más debatido: la insuficiencia o ineffectividad de los controles de calidad de las exportaciones chinas y los riesgos y

costos asociados a su comercialización y el eventual retiro de gran número de artículos defectuosos o peligrosos. Hu negó que se tratara de un problema generalizado; insinuó que había sido aprovechado en algunos mercados para lastimar el prestigio y credibilidad comercial de su país, y ofreció seguridades de que se adoptarían las medidas preventivas y correctivas necesarias para evitar la repetición de los lamentables episodios del verano.

Para comienzos del otoño —cuando se escriben estas líneas— el escándalo ha amainado en buena medida y, salvo unas cuantas denuncias adicionales —como la relativa a tazas de plástico para ofrecer bebidas calientes a su clientela infantil, que la empresa Starbucks decidió retirar de todas sus franquiciatarias a principios de octubre— casi ha desaparecido de los medios. Quizás el momento de flexión de la actitud pública ante los productos (mal)hechos en China se produjo cuando una de las empresas que había realizado el mayor número de retiros y recogidas, la juguetera Mattel, se vio forzada a admitir que uno de los problemas más serios que había obligado el retiro de algunas líneas de sus juguetes manufacturados en China, no era imputable a las empresas fabricantes de ese país, sino a errores de diseño de la propia empresa Mattel.

³ “China Agrees to Raise Its Product Standards”, *The New York Times*, Nueva York, 27 de agosto de 2007.

La insuficiencia de controles de calidad puede ser el talón aquileo del auge exportador chino.

DISTRIBUCIÓN DE CULPAS — EL CASO MATTEL

El caso de la corporación juguetera estadounidense Mattel, Inc., que fabrica en China al menos dos tercios de los productos que comercializa, resultó el más ilustrativo en todo este episodio.*

Mattel estuvo siempre en la primera línea de la controversia acerca de los artículos (mal)hechos en China. Fue una de las primeras empresas en retirar y recoger artículos defectuosos o peligrosos de los establecimientos comerciales o de manos de los consumidores. A lo largo del verano rescató un total de 21 millones de piezas. En todo momento culpó a terceros e hizo grandes gastos publicitarios para reparar su dañada imagen. Tan tarde como a mediados de septiembre, su ejecutivo en jefe, Robert Eckert, al rendir testimonio ante el Senado, atribuyó la responsabilidad a contratistas externos. “Ellos nos fallaron y por eso nosotros les fallamos”, declaró.

Sin embargo, apenas una semana después, otro ejecutivo de Mattel, vicepresidente ejecutivo de operaciones globales de la empresa, formuló una sorprendente e inesperada declaración de prensa en Pekín. Escoltado por un alto funcionario chino, Thomas Debrowsky, subrayó que: “Mattel asume plena responsabilidad por estos retiros y se disculpa directamente ante el pueblo chino y ante todos nuestros clientes que recibieron los juguetes”. Agregó que su empresa entendía “los daños que todo esto ha causado a la reputación de los fabricantes de China”.

¿Qué provocó tan drástico giro en la actitud de la empresa? En primer término, se puso en evidencia que más del 80 por ciento de los juguetes retirados y recogidos lo fueron no por el empleo de pintura con excesivo contenido de plomo, atribuible a los contratistas chinos, sino por defectos de diseño —que prescribía el uso de pequeñas piezas magnéticas que podían desprenderse fácilmente del juguete y ser tragadas por los infantes— endosables a la empresa estadounidense misma. También influyó, sin duda, el deseo de Mattel de preservar sus relaciones de negocios con China, esenciales para salir del brete y, más adelante, seguir produciendo a precios competitivos.

El ejecutivo de Mattel hubo de aceptar que el funcionario chino se permitiera darle lecciones. Li Changjiang, que preside el organismo estatal de control de calidad en China, dijo que la empresa estadounidense “debería mejorar sus prácticas de control de calidad”. “Confío —remató— en que Mattel aprenda las lecciones y aproveche las experiencias que se derivan de estos incidentes”.

La embarazosa disculpa y la reprimenda provocaron, curiosamente, una recuperación de las acciones de la empresa. Entre el 9 de abril y el 10 de septiembre, la cotización cayó de Dls 29.71 a 20.79, un 30 por ciento. Tras la disculpa, regresó a poco más de Dls 24 a principios de octubre.

En suma, el caso Mattel —que aún no termina— demostró que, cuando hay fallas masivas en los sistemas de control de la calidad e idoneidad de los productos —surgidos de líneas de producción fragmentadas y sujetos a muy diversas políticas y enfoques de supervisión— por lo general no hay un solo culpable, sino que las culpas se distribuyen a lo largo de esas líneas, que van desde el diseño hasta la comercialización, a veces en media docena de países.

* La información proviene de artículos publicados en *China Daily*, Pekín, *Financial Times* y *The Economist*, Londres y *Le Monde*, París, entre mayo y octubre de 2007.

FISURAS EN LA MURALLA

Hasta hace no mucho tiempo parece haber existido una muralla entre la fabricación de mercancías orientadas al vasto y creciente mercado interno de China y la destinada a ser colocada en el exterior. Por lo general, la primera se preocupaba sobre todo por elevar rápidamente los volúmenes producidos y mantener deprimidos los costos de producción, sin prestar demasiada atención a la calidad de los bienes de uso final ni a la idoneidad de los insumos con los que eran producidos. Se ha encontrado que hasta el 20 por ciento de las manufacturas destinadas al mercado interno no satisfacen los requisitos de calidad establecidos. La segunda, en cambio, procedía de factorías especializadas, asentadas en las zonas económicas especiales, a menudo por inversionistas del país importador, que aportaban materiales, técnicas de producción y prácticas de gestión. También les preocupaba, desde luego, aumentar los volúmenes producidos y mantener bajos los costos. Esa muralla empezó a desmoronarse en años recientes. Por un lado, los consumidores locales de mayor ingreso empezaron a demandar bienes de mejor calidad y diseño y a vocear ruidosamente su insatisfacción con lo que se les ofrecía, sobre todo por medio de los *blogs* de internet. Por otro, los exportadores descubrieron que atender la demanda interna ampliaba sus horizontes de mercado y, desde luego, sus ganancias. El espeso aceite de la corrupción lubricó ambas maquinarias.

Se ha advertido un paralelismo notable. En 1906, Upton Sinclair denunció, en su novela *The Jungle*, las terribles realidades de la industria de empaquetado de carne en Estados Unidos. De alguna manera, “la expansión de la economía china sigue un patrón similar a la de Estados Unidos hace un siglo. Se trata de un país de dimensión continental, con nuevas ciudades catalizadoras de la energía empresarial y con carreteras y ferrocarriles que abren regiones antes aisladas (...) Tan rápida expansión ha rebasado a las instituciones gubernamentales y dejado espacios abiertos a empresarios sin escrúpulos dispuestos a explotar toda oportunidad imaginable”.⁴

Las importaciones estadounidenses de artículos contaminados, defectuosos o falsificados no provienen exclusivamente de China, desde luego. A mediados de año se dieron a conocer informaciones acerca del número de embarques detenidos por la Food and Drug Administration. Entre julio de 2006 y junio de 2007, la FDA detuvo 2,723 embarques provenientes de China; 2,620 de la India; 1,876 de México, y 887 de República Dominicana.

¿Dónde lleva todo esto? En primer término, a exa-

⁴ “China scandals evoke old Chicago”, *Financial Times*, Londres, 22 de julio de 2007.

OPINIONES SOBRE LOS PRODUCTOS HECHOS EN CHINA				
Quienes piensan que...	...los productos chinos <i>son</i> más peligrosos que los importados de otros países		...los retiros y recogidas sólo hicieron que los productos chinos <i>parecieran</i> peligrosos	
Y les preocupa el país de origen de los productos que adquieren	40 %		51 %	
Pero <i>no prestan atención al país de origen</i> de los productos que adquieren	22 %		67 %	
Quienes...	<i>no consumen</i> productos de China	<i>dejaron de comprarlos</i>	<i>actuaron según el producto</i>	<i>continuaron comprándolos</i>
Y les preocupa el país de origen de los productos que adquieren	8 %	17 %	9 %	64 %
Pero <i>no prestan atención al país de origen</i> de los productos que adquieren	10 %	7 %	2 %	69 %
Quienes...	Consideran la calidad de los productos hechos en China como:			
	Deficiente	Aceptable	Buena	Excelente
Y les preocupa el país de origen de los productos que adquieren	24%	38%	28%	9%
Pero <i>no prestan atención al país de origen</i> de los productos que consumen	12%	32%	36%	14%
Nota: No se muestran los porcentajes de quienes no opinaron Fuente: The New York Times / CBS News Poll, <i>The New York Times</i> , 21 de octubre, 2007.				

cerbar las presiones proteccionistas. Los grupos de los países avanzados interesados en frenar las importaciones de productos alimenticios y otros provenientes de proveedores de bajo costo encuentran en la seguridad el mejor argumento para alimentar un ambiente de opinión adverso. Puede darse lugar, también, a medidas de represalia que enturbien el ambiente de las relaciones comerciales. Es claro que correspondería a los intereses de unos y otros mejorar el alcance y efectividad de las prácticas regulatorias, como han recomendado la FAO y la OMS. En este sentido, uno de los análisis más acuciosos del problema de los productos (mal)hechos en China presenta esta conclusión:

No han sido buenos tiempos para China Inc., que solía ser conocida como el mayor fabricante mundial de productos baratos y que ha adquirido la reputación de ser el mayor fabricante mundial de productos baratos y peligrosos. Sin embargo, la verdadera lección que puede desprenderse del episodio de las exportaciones tóxicas provenientes de China es que la globalización de las cadenas de producción exige de una regulación más eficiente en los países opulentos.⁵

Y en los no tan ricos, podría agregarse.

⁵ Arthur Kroeber, "Lessons for China Inc.", *China Economic Quarterly*, Hong Kong, y *Financial Times*, Londres, 20 de agosto de 2007.



Pudong, Shanghai

LA OPINIÓN DE LOS CONSUMIDORES

Como a menudo ocurre, la opinión de los directamente interesados —en este caso los consumidores estadounidenses, que resintieron la desaparición de los anaqueles y la recogida de artículos que habían adquirido por corresponder al grupo de los (mal)hechos en China— no coincide con las opiniones de los expertos, como la que acaba de citarse. Así lo comprueba una encuesta realizada a mediados de octubre, cuando, como se ha señalado, habían amainado los temporales de la primavera y el verano. La principal conclusión es que la amplia mayoría (superior a dos tercios) de los consumidores estadounidenses de artículos manufacturados en China continuaron comprándolos como si nada hubiera ocurrido. Fue mayor el porcentaje de consumidores no afectados por los escándalos entre aquellos que no suelen prestar atención al origen geográfico de los bienes que consumen (69 por ciento) que entre los que sí prestan atención a esta circunstancia (64 por ciento). Por contrapartida, sólo el 7 por ciento de los primeros y el 17 por ciento de los segundos declararon haber dejado de comprar mercancías chinas como resultado de las controversias aquí reseñadas.

Otra impresión mayoritariamente generalizada fue la de considerar que las acciones de retirar y recoger productos (mal)hechos en China, realizadas por un sinnúmero de empresas, contribuyeron a establecer la noción de que esos artículos podrían parecer peligrosos, más que la idea de que realmente lo fueran. No es desdeñable, sin embargo, que cuatro de cada diez consumidores estén ahora convencidos de que los artículos manu-

facturados en China son, en realidad peligrosos. Esta proporción, que corresponde a los consumidores que son conscientes del origen geográfico de los productos que adquieren, disminuye a sólo dos de cada diez entre aquellos a los que no preocupa dicho origen (Ver cuadro).

La misma encuesta arrojó otros resultados interesantes. Por ejemplo, al compararse con anteriores mediciones de opinión, se encuentra que los episodios del presente año sobre los productos (mal)hechos en China no cambiaron significativamente la opinión respecto de si China debe recibir el tratamiento comercial de nación más favorecida (en lo que está de acuerdo el 45 por ciento de los encuestados, proporción muy similar a la registrada hace quince años, en 1991, cuando aún estaba por consolidarse el auge exportador de China). Tampoco ha cambiado significativamente, en los últimos diez años, la opinión de los consumidores estadounidenses sobre la calidad de los productos hechos en China. Algo más de la mitad la considera entre deficiente y aceptable, mientras que el resto —poco menos de la mitad— la encuentra buena o excelente.

En suma, parece haber pasado sin consecuencias duraderas la alarma global acerca de la idoneidad de los bienes de consumo manufacturados en China —el taller del mundo. Al menos hasta que algún otro episodio inesperado e impredecible desate otra nueva alarma, que se mueva de manera relampagueante por los circuitos de la información (o desinformación) globalizada. ■

Ciudad Universitaria, PCH, octubre de 2007.